

ARTE Y CULTURA

SOCIOLOGISMOS

EN alguna oportunidad, le oí afirmar a don José Bergamín que la sociología era una ciencia sin domicilio conocido. En la sutil ironía de la afirmación, van sin duda, implícitamente contenidas muchas apreciaciones en nada favorables para una ciencia que, si damos crédito a las palabras del escritor español, resulta tan difícilmente domiciliable, y, por consiguiente, tan ubicua que por no estar en ninguna parte puede hallarse en todas. Pienso, y no sé si me equivoco, que el dicho, tan divertido, de don José Bergamín apuntaba más a dardear a ciertos sociólogos de entrecasa que a la sociología misma, que, hay que admitirlo, en manos de otros sociólogos llega a ser realmente una ciencia seria y con localizable domicilio. Lo cierto es que entre los rioplatenses la ubicuidad de la sociología le ha permitido localizarse en los domicilios más imprevisibles. Le ha permitido, también, adquirir un deslumbrante prestigio que la convierte en utensilio útil para los más diversos menesteres. Razones sociológicas pueden determinar hasta la elección del menú de una cena de amigos. Una anécdota puede corroborar el prestigio avasallante de la sociología entre los rioplatenses. En un acto de homenaje al gran escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, realizado cuando éste aún no había muerto, el historiador José Luis Romero subrayó sus excepcionales cualidades y calidades de escritor. Terminado el acto, el siempre iracundo don Ezequiel se mostró bastante fastidiado. No le interesaba que lo destacaran como gran escritor, lo cual es a mi juicio, indudablemente cierto, sino que señalaran incisivamente su cualidad de gran sociólogo, lo cual es, a mi juicio, más que dudoso. Este prestigio de la sociología (que cuenta entre sus causas—afirmo y me eximo de demostración— el notorio mimetismo intelectual del rioplatense) no puede menos que tener, y tiene, funestas consecuencias.

Una de ellas, y es la única que aquí señalaré, es la alarmante infección de sociologismo que sufre la consideración del hecho literario. El creador literario—narrador, dramaturgo, poeta—se siente frecuentemente impulsado a escribir como si en su pecho latiera el corazón de un sociólogo. De ese mismo sociólogo, porque la cosa no es del todo nueva, que en oportunidades se agazapaba dentro del escritor Javier de Viana y que estéticamente le ensució muchas páginas.

Sin que esto suponga un juicio global sobre la obra, propongo un ejemplo: **El paredón** de Carlos Martínez Moreno. ¿Qué pretendió el autor? ¿Hacer la crónica de un viaje a la Cuba del régimen castrista, una disección de la sociedad uruguaya, o, antes que nada, una "novela"? Si pretendió todo a la vez, me parece excesiva pretensión para un solo libro. En cuanto a la crítica literaria, se tiende abusivamente a detectar lo que en la obra hay, o puede haber de "dato" sociológicamente utilizable. Propongo otro ejemplo. No hace mucho, Walter Rela prologó **Beba**, de Carlos Reyles. En su estudio hay erudición y aciertos indudables. Pero concluida la lectura, es posible que alguien se pregunte si se ha analizado una obra literaria o un documento eficiente para el estudio de la evolución de los métodos de explotación de la riqueza agropecuaria en el Uruguay. Esta falta de asepsia mental en creadores y críticos, esta confusión de puntos de mira, esté borrar todos los límites son, a mi juicio, posturas mentales lamentables. Y, en su último rigor, desorientadoras. Aunque luego se trate de justificar todo con la no menos lamentable teoría del "compromiso". Un compromiso que, a la postre, y eso está a la vista, no compromete a nada.

¿Niego, con lo que antecede, que el creador puede sentir en sí la vibración de una auténtica inquietud social y la exprese? ¿Niego que el crítico no debe buscar la relación de la obra con su contexto histórico, social y cultural? ¿Niego que el sociólogo no deba acudir a la obra literaria como

1- Parecería innecesario que todo ello me
3- fuente posible de su investigación
2- parece legítimo dentro de sus límites naturales. Es decir: cuando no se des-
plaza o traspone ilegítimamente el punto de vista hasta el grado de confundir arte con sociología o política (o viceversa). O hasta el grado de convertir la obra de arte en una mera provincia de la política o la sociología. Entabrar en esto llevaría demasiado lejos. Diré solamente algo más. Es indudable que en Dostoiewski, por ejemplo, había inquietudes sociales, y también éticas y metafísicas, mas ellas, en mi entender, no importan demasiado. Lo que importa, y mucho, es el novelista genial, que las movilizó en novelas y no en tratados. Sólo en esa función subsidiaria tienen algún interés. ¿Valdrían algo por sí mismas?